



Labor del crítico

CRISTIAN GÓMEZ

Escribir sobre un libro, en este caso el conjunto de relatos de Luis Agustín Molina, *El hombre que asesinó a Don Quijote y otras historias*, es una tarea que involucra no sólo una apreciación acerca del libro en cuestión, sino que además implica —quién de manera más fuerte de lo que creemos— una visión sobre la misma crítica y también sobre el crítico en tanto sujeto social, quiero decir, en su condición de ser humano común y errante en la misma temporalidad de los libros que aborda. Al escribir sobre los libros de otros, el crítico está escribiendo sobre sí mismo. Por ende, al referirme ahora a *El hombre que asesinó a Don Quijote...*, es imprescindible recordar, en primer lugar, el contexto en el cual aparece este volumen de cuentos, o en otras palabras, el conjunto de otras literaturas —en particular las de su mismo género— que lo antecedan en un espacio y un momento determinados para nosotros el Chile de mediados de los 80, en lo más inmediato relacionado en la promoción furiosa de lo que se ha dado en llamar, oportunamente, "nueva narrativa chilena", una verdadera maelstrom de acciones de la más diversa índole (para no hablar de las narrativas de Colón, Pizarro, Rosal, Donoso, fuera de los cuentos y novelas del 60). A lo anterior habría que sumarle el pasaje de un país inmerso en un proceso de transición democrática, o algo parecido, donde los efectos de la dictadura militar y sus determinaciones no sólo colonizan sino también culturalmente aún se dejan sentir en una sociedad civil fuertemente custodiada en sus gestos más innovadores.

Estructuras del cuento

Aquí es donde aterro. Luis Agustín, según es donde *El hombre que asesinó a Don Quijote...* debiera desmenuzarse en un diálogo con las obras precedentes que conforman —dicho a muy grandes rasgos— lo que Hans Robert Jauss llamaba "el horizonte de expectativas" del lector. El problema de esta crítica, entonces,

El hombre que asesinó a Don Quijote... es un libro interesante desde el momento en que se plantea ante su contexto en el medio de caminos ampliamente recorridos, exigiendo, por lo tanto, un acercamiento crítico que no recurra a tópicos ya tratados, sino que sea capaz de hablar sobre el libro desde adentro.

consiste en el de determinar cómo el libro de Agustín ocupa las estructuras del cuento, cómo las modifica estableciendo un uso innovador de ellas. Vino nuevo en otros viajes. Sin embargo, nada de esto se produce en este libro. La pretensión de estos cuentos de hacer uso de algunas figuras literarias, sometidos a una descontextualización que los muestra participando de una historia alternativa, no agrega nada a este gesto intertextual practicado ya anterior y abundantemente por Borges, Cortázar, Goytortúa y Edwards, entre otros de una larguísima lista.

Tampoco hay —al menos— una actualización de algunos de los supuestos que, para el cuento desmenuzador de los cuentistas y los lectores de cuentos de nuestro tiempo, a estas alturas ya son prácticamente clásicos, verdaderos preceptos de esta forma de escribir, y que no son otros que la suma total de las "reglas" de la narrativa breve —por llamarla de alguna manera, a falta de un nombre mejor—, establecidas sucesiva y discontinuamente por Chagor, Poe, Quirós y Cortázar. Sigue todo esto dos siglos, con la precisión de buena parte de la prosa ricplatan, se demoran en destacar la importancia de ciertos aspectos formales o estilísticos del cuento, tal como la economía de palabras, lo relevante que es para este tipo de



historias un buen comienzo y un buen final, y en fincas parceladas —siguiendo a Cortázar—, sometidos a una intensidad y una tensión narrativa, que vendría a ser la eliminación de todos los ritos y rituales intermedios que la novela se permite y exige, o en el caso de un cuento más largo, el lento acercamiento al tema central que no obstante no nos permite sustraernos de su atmósfera, logrando así el momento momentáneo del lector del cual hablaba el autor de *Las armas secretas*.

En principio no sería describir nada. "desobediencia" de Agustín, entonces y cuando la coexistencia con otra poética que validara su propia escritura, la cual, sin embargo, no asocia. Si estos relatos no aspiran a generar por knock out al lector, está en tomarlo por sorpresa a través de las palabras, directamente y sin mayores contemplaciones, con un alago que se inicia desde la primera línea, tampoco parecen aspirar a una victoria por puntos. O por lo menos a

la realidad". Visto desde esta perspectiva, *El hombre que asesinó a Don Quijote...* viene a formar parte de ese grupo de libros —como *El habitante y su experiencia*, de Norberto, como la obra de Rosal y Pizarro — que encuentran en la ficción y sus alrededores su lugar de expresión más apropiado. Apariciones, alteraciones temporales, la novela del mundo crítico con el de la vigilia, todos estos elementos que se alejan del orden de la razón pero que son parte del gesto desordenado de la imaginación, son los presentes en este libro ante los ojos del lector, quien permisionariamente se ve obligado a colaborar con el

escritor en la trama de sus ficciones, bajo el permanente riesgo de lo insólito y lo inefable. Los protagonistas de estas historias, en general, viven de manera permanente entre la tradición y el futuro, desafiando sin sentido con la única intención de borrar los límites de realidad y ficción, literatura e historia. *El hombre que asesinó a Don Quijote...* es un libro interesante desde el momento en que se plantea ante su contexto en el medio de caminos ampliamente recorridos, exigiendo, por lo tanto, un acercamiento crítico que no recurra a tópicos ya tratados, sino que sea capaz de hablar sobre el libro desde "adentro", si la crítica es algo más que una especie de ritual místico, hegemónico y homogenizado, donde el crítico de turno se arropa al derecho y la capacidad de descubrir significados ocultos ¿para quién? ¿con qué instrumentos des-cubiertos?, al interior de la obra, sin cuestionar su concepto de la literatura cada vez que se enfrenta a un texto de nuevas consideraciones, si la crítica —como dije— pretende superar tal estado, entonces las nuevas tendencias deberían dirigirse por la senda de la honestidad entendida como exploración de los presupuestos con los que se va a operar (respuestas precisamente para la consideración crítica, es decir, fundamentalmente por la senda de una auto-crítica).

En lo fantástico

En un artículo de 1967, Jorge Teizier se lamentaba por el poco trascendente del realismo chabro y conservador de gran parte de la narrativa chilena, abogando de paso por "lo desconocido, que ha tropesado al hombre hacia la conquista del Cosmos o del interior del yo, o a pasar del otro lado del espejo presentado por

este, a buscar otros lados que el autor conscientemente va dejando en el camino para hacerlo participar, integrándolo en la conformación final de estos relatos. Así, en el último y a mi parecer el mejor cuento, de título homólogo al del libro, los vemos ante la locura de unos personajes —el físico Zúñiga y Roberto Donoso Fuentes, un vetado alter ego de Agustín— quienes progresivamente se ven

El hombre que asesinó a Don Quijote y otras historias, Luis Agustín Molina. Ediciones del Círculo Literario Fénix, Rancagua 1997. 154 páginas.



puntos. O por lo menos a



"No me toques porque si me tocas el amor se transformará en pasión". Platón.

Voces de EROS

Un volumen de relatos eróticos de escritoras chilenas, único en la actual narrativa.

editorial gripe

Labor del crítico [artículo] Cristián Gómez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gómez, Cristián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Labor del crítico [artículo] Cristián Gómez. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile